

# **CONFERENCIA EPISCOPAL DE COLOMBIA**

## **LXXXIX ASAMBLEA PLENARIA**

Bogotá, D.C., 5 al 9 de julio de 2010

### **LA SOCIEDAD QUE QUEREMOS Y LA COLOMBIA QUE SOÑAMOS DESDE LO CULTURAL Y LO EDUCATIVO**

Así como el proceso de Independencia significó para la Iglesia un cambio en la comprensión de su misión, hoy vivimos un momento decisivo que exige de nosotros una conversión pastoral, cultural y educativa, razón por la cual nos preguntamos:

¿Qué sociedad soñamos para Colombia desde lo educativo - cultural?  
¿Cómo afinamos nuestra conversión educativa para asumir los grandes cambios que la sociedad colombiana necesita?

Estamos frente a una profunda emergencia cultural y educativa internacionalmente conocida como crisis educativa, tan grave, si no más, que la crisis financiera y económica del mundo, la cual tiene varias causas en especial la falsa idea de la autonomía del hombre, el escepticismo y el relativismo.

Frente a esta crisis educativa y cultural, tenemos que profundizar sus raíces para encontrar respuestas igualmente profundas. Sin duda, una de las principales raíces que hemos de enfrentar es aquella orientada por un gran número de antropologías y pedagogías actuales que proclaman que el hombre debe desarrollarse solo y por sí mismo; que el hombre debe formarse sin intermediarios y sin más referente que su propio pensamiento y sus propias decisiones.

Estas influyentes propuestas, olvidan radicalmente que se llega a ser persona desde el otro; olvidan que los niños y los jóvenes llegan a ser personas desde los otros, es decir, desde sus padres, desde sus maestros y por ende desde los actores de su entorno, a saber, sus amigos y aquellos que tienen acceso a su educación desde el ámbito cultural, religioso y ético, así como las nuevas tecnologías de la información y la comunicación.

Las propuestas antropológicas y pedagógicas de hoy, también olvidan que el niño y el joven llegan a ser personas desde el diálogo y la comunicación renovada con los otros, razón por la cual el gran reto para nosotros hoy es, cómo lograr una educación al servicio de la humanización en la sociedad colombiana, pues sin duda alguna, el sueño que tenemos de construir país desde lo educativo y lo cultural, se construirá ante todo a partir de éste aspecto fundamental.

Frente a éste hecho relevante, cabe anotar que en la educación colombiana hemos perdido tres dignidades y tres miradas:

Primero, hemos perdido la dignidad del maestro y la mirada positiva de su misión, pues el maestro dejó de ser sujeto en los procesos educativos y perdió su liderazgo social; segundo, hemos perdido la dignidad del estudiante y la mirada positiva de sus culturas, pues el estudiante dejó de ser respetado y tratado como persona y no es reconocido como la franja renovadora del futuro colombiano y tercero, hemos perdido la dignidad de los padres de familia y la mirada positiva de su papel como primeros educadores de sus hijos, pues dejaron de ser incluidos en los procesos formativos de la comunidad educativa.

Así pues, al maestro se le ha convertido en un empleado explotado que trabaja por presión y no por vocación y al considerar su labor como una ocupación centrada en el aula, se le arrebató su dignidad, su liderazgo y hasta su propia identidad.

Esta es la razón por la cual, el maestro necesita recuperar su misión de educabilidad como formador, más que su capacitación para la enseñabilidad como dispensador de conocimientos. Sin embargo, cuando hablamos de dignidad del maestro, no nos referimos únicamente a sus procesos de capacitación profesional sino ante todo, a su liderazgo en la sociedad colombiana fuera de las aulas y de los muros de las instituciones educativas.

Igualmente, el estudiante necesita recuperar su identidad personal, pues la escuela colombiana y las propuestas culturales de competitividad y de logros, lo han convertido en un objeto de enseñanza, dejando de ser, sujeto de sus propios procesos educativos y formativos. En una palabra, el estudiante no es visto como alguien que se hace persona desde el encuentro y el diálogo con el otro.

También, los padres de familia, necesitan recuperar su misión como primeros educadores de sus hijos, papel que les ha quitado la institución educativa convirtiéndolos en proveedores de útiles y de mesadas.

Por todo lo anterior, nosotros como Iglesia Católica, es decir, nosotros desde lo que somos y desde nuestra misión, hemos de soñar una sociedad colombiana que se decida por la humanización de la educación; que se decida por la humanización de las culturas, para darle un nuevo aire y una nueva fuerza al sistema educativo y formativo colombiano.

### **Veamos por qué:**

En cuanto a los maestros, aunque en términos generales, cuentan con una buena formación académica y científica y hoy tienen acceso a unas buenas aunque modestas herramientas tecnológicas para su trabajo y aunque se desempeñan en instalaciones más dignas que en otros tiempos para desarrollar su trabajo, no tienen en su mente y en su corazón la pasión educativa para humanizar a sus estudiantes desde el encuentro, el diálogo, la escucha renovada y la propuesta de fe.

En cuanto a las instituciones educativas, las secretarías de educación y las fundaciones educativas oficiales y privadas, laicas y religiosas, aunque se empeñan en lograr altas cualificaciones, reconocimientos y rendimientos en sus procesos de acreditación, de certificación y de calidad; y aunque se esmeran por tener y mantener unas instalaciones que muchas veces son verdaderos campus educativos de gran presencia e impacto llegando a ser incluso admirados a nivel internacional por sus adelantos pedagógicos y tecnológicos, no son espacios ni proyectos que humanicen y creen nuevas formas de relaciones con el mundo y con los otros.

En cuanto a los estudiantes, aunque hoy el Ministerio de Educación Nacional se interesa primordialmente por sus competencias, su calidad en los logros y en los procesos evaluativos para obtener con veracidad los resultados del aprendizaje. Y aunque se ha perfeccionado el sistema de pruebas del ICFES y se han mejorado los procesos de eficiencia y efectividad, incluyendo el interés por la estandarización, el bilingüismo, la cobertura, las certificaciones y la internacionalización de los estudiantes, no se insiste en los senderos y los caminos que conlleven a procesos humanizadores para unos jóvenes enmarcados por unas culturas cada vez más deshumanizadoras.

En cuanto a los padres de familia y la comunidad educativa en general, aunque hay serios esfuerzos para marcar su papel educativo y sus relaciones con la escuela, no se generan procesos que lleven a humanizar la tarea formativa de la familia, para educar el sentido humanizador desde el hogar.

Por supuesto, nuestro sueño de construcción de sociedad desde lo cultural y lo educativo, no puede quedarse en los aspectos anteriormente citados, ni caer en la trampa de lo propuesto desde un proyecto más político que formativo integral.

### **Y esto ¿por qué lo digo?**

Porque consciente o inconscientemente nos hemos centrado en reclamar la inaplicabilidad del Gobierno Nacional a las directivas y decretos ministeriales; nos hemos centrado en proponer o apoyar leyes de reformas educativas; nos hemos concentrado en reclamar por qué la normatividad vigente ha conllevado al retiro de los docentes en comisión en los colegios de la Iglesia y de las comunidades religiosas. Más aún, nos hemos concentrado en reclamar, la escasa voluntad política de los funcionarios del Ministerio de Educación Nacional para contratar ampliación de cobertura con los establecimientos de la Iglesia. Y por supuesto, reclamamos la forma como se realiza la inspección y la vigilancia

En fin, nos hemos gastado y quizás desgastado solicitando la promulgación de Decretos que establezcan marcos de contratación entre el Estado y la Iglesia Católica; nos hemos dedicado a pedir la revisión de la legislación escolar para unificar criterios de interpretación de las evaluaciones y garantizar la autonomía de nuestros establecimientos educativos.

E incluso hemos emprendido un largo proceso para exigir la expedición de una Ley Estatutaria que garantice el derecho a la educación y la libertad de enseñanza y hasta proponemos un nuevo estatuto docente tanto para los maestros de escuelas públicas como de las privadas.

Defendemos – creo que con mucha razón - la problemática de la Iglesia Católica frente a la educación misional contratada, las contrataciones por medio del Banco de oferentes y la administración por nuestra parte de servicios educativos oficiales.

Propendemos – también con razón – por el restablecimiento de los Capellanes en los establecimientos oficiales, fundamentándonos en una precisa y seria interpretación jurídica y hasta participamos en la elaboración de Directivas y Decretos ministeriales.

Y créanme: todo esto es muy importante; todo esto es necesario; todo esto es presencia nuestra, pero con todo respeto, lo anterior se nos ha convertido en un distractivo frente al problema real de la educación y de los cambios culturales en Colombia. Todo esto se nos convirtió en nuestro punto de referencia y allí se nos ha podido agotar nuestra palabra y nuestra presencia.

Nosotros, como Iglesia que queremos soñar una Colombia nueva y en ella una educación y unas culturas con equidad e inclusión - con ocasión de la celebración de estos 200 años de vida independiente - hemos de liderar un verdadero movimiento de pensamiento, pues tenemos que ser conscientes que así como en otros momentos, fuimos generadores de cultura; que así como en otros tiempos fuimos generadores de procesos educativos y así como también fuimos creadores de sistemas educativos, hoy somos posiblemente, consumidores de procesos educativos y consumidores de culturas emergentes.

Sin duda, si queremos soñar, tenemos que liderar pensamiento ya que hemos olvidado hacer una verdadera propuesta para la escuela colombiana y para los medios culturales del momento: Se trata de no tener miedo a proponer la humanización de la educación y de las culturas desde el Evangelio, en esta seria crisis educativa y cultural en la que estamos.

Recordemos que la Iglesia Católica fue protagonista y líder de la educación en las épocas de la Independencia, pero parecería que hoy estuviera relegada y silenciada, frente a las nuevas circunstancias de las culturas y de la educación.

Hoy nuestra Iglesia no aparece como constructora de educación y de cultura, la volvimos, mutatis mutandis, servidora de métodos y de procesos educativos muchas veces propuestos por las políticas de los gobiernos de turno.

Pero en ésta efemérides de los 200 años de vida Independiente; en estos 200 años durante los cuales la Iglesia ha marcado tantos hitos en lo cultural y educativo, son muchas las esclavitudes educativas y culturales que aún tenemos que superar.

### **Sin embargo:**

¿Cómo soñar, si no tenemos suficiente conciencia de la importancia vital de la educación y de las nuevas culturas en la construcción de país?

¿Cómo soñar, si en nuestras Jurisdicciones Eclesiásticas la educación y los nuevos lenguajes culturales, todavía no hacen parte de sus prioridades pastorales?

¿Cómo soñar, si en nuestros corazones, la educación todavía no hace parte vital de nuestros proyectos ministeriales?

La sociedad que queremos necesita de nosotros, para liderar un proceso radical de dignificación desde el humanismo cristiano, fundamentado en la doctrina social de la Iglesia.

La sociedad que queremos y la Colombia que soñamos, nos pide recuperar la identidad del educador católico para las nuevas culturas, desde la propuesta de Jesús; la sociedad que queremos, nos pide anunciar a Jesucristo como maestro y guía de la humanización de nuestra educación y de nuestras culturas.

De aquí se deriva algo fundamental que no correspondería a nosotros:

¿Dónde está nuestra “palabra educativa” como primeros responsables de la formación en los valores cristianos de nuestros niños y nuestros jóvenes colombianos?

¿Cuál es nuestra palabra como líderes educativos para suscitar una nueva comprensión del diálogo entre los maestros, los estudiantes, los padres de familia y el contexto real en que vivimos?

Proponer una palabra de diálogo colectivo entre maestros, estudiantes y padres de familia, desde el humanismo cristiano, hace parte de nuestra misión y en especial de nuestra misión educativa, pues, aunque es muy importante, no nos corresponde hacer propuestas educativas que reemplacen las obligaciones del Estado en orden a la cobertura o a los procesos de calidad, nos corresponde hacer propuestas desde lo que somos como Iglesia en misión permanente; nos corresponde proponer procesos de humanización frente a los procesos de deshumanización que la educación colombiana está trazando; nos corresponde proponer procesos de humanización frente a algunas de las nuevas culturas que están deshumanizando a los niños, a los jóvenes y en general a la sociedad.

Es así como para la sociedad que queremos y la Colombia que soñamos desde lo cultural y lo educativo, tenemos que proponer la construcción colectiva de proyectos de vida, entendidos éstos no como desarrollo de saberes, sino como el desarrollo de la persona humana, comprometida esta con el mundo y con sus semejantes, pues son proyectos de vida que no se agotan en el conocimiento de una disciplina, son proyectos de vida que contribuyen a la humanización de todos, en especial de los jóvenes y de las poblaciones más débiles y vulnerables. Por esto “diálogo y palabra” deben estar comprometidos con los proyectos de vida para el post-conflicto y la reconciliación nacional.

Urge renovar la formación pedagógica y didáctica para las condiciones actuales, pues seguimos repitiendo formatos, al no conocer ni las culturas, ni los lenguajes de los jóvenes ya que mientras nosotros manejamos un lenguaje binario, ellos lo manejan multi numérico; mientras nuestro lenguaje es

uniconceptual, el de ellos es multiconceptual; mientras nuestro lenguaje es secuencial, el de ellos hipertextual y multi variable pues ven y analizan la realidad desde múltiples conceptos y desde variados ángulos y vértices.

La celebración del Bicentenario es el momento oportuno para proponer con vehemencia la humanización cristiana de nuestra educación, la humanización de las culturas y de sus nuevos lenguajes, pero una humanización que parta del diálogo y el encuentro renovado, una humanización con raíces cristianas. Porque se trata de humanizar la educación y los nuevos lenguajes y sus medios, sin traicionar el anuncio del Evangelio pues el reto es saber, cómo sacar del Evangelio, la perenne novedad que hay en él y encontrar en cada cultura, formas adecuadas para anunciarlo, para construir toda persona y toda la persona humana.

Desde el humanismo cristiano proponer un profundo proceso educativo de equidad entre los que tienen tantas oportunidades y aquellos que están a la orilla del camino.

Así pues, constatamos que la crisis educativa, cultural y espiritual, es tanto o más grave, que la crisis económica y financiera que está atravesando en éste momento en el mundo y que parece se está agravando, así como la educativa.

Creo que soñamos la sociedad que queremos, si ofrecemos responsablemente nuestra contribución al crecimiento moral, cultural y espiritual de Colombia, pues cabe anotar que la generación de los bicentenarios, también llamada, la generación virtual y digital, merece una propuesta educativa que la humanice e incluya; merece una propuesta que humanice a los pueblos indígenas y afrodescendientes, a las mujeres infravaloradas, a los discapacitados y a las poblaciones más débiles y vulnerables.

### **Y entonces me preguntarán ustedes:**

¿Cómo crear un ambiente de humanización en la escuela?

¿Cómo humanizar las culturas y la escuela desde la propuesta del Evangelio?, hoy cuando constatamos que ha desaparecido el maestro - persona; hoy cuando ya no contamos con un estudiante - persona y hoy cuando no tenemos unos padres de familia - persona, pues estamos frente a unos maestros que solo manejan discursos, frente a unos estudiantes que solo manejan tecnologías y frente a unos padres de familia que solo negocian con sus hijos, permisos y consumos.

¿Cómo pues humanizar la educación y las culturas?

Sin duda alguna, recuperando el camino del compromiso educativo que otrora tuvimos como Iglesia Colombiana.

Frecuentando sus ambientes de vida que incluyen las nuevas tecnologías y los espacios en donde los jóvenes se encuentran, pues aún tenemos tiempo de salir a su encuentro en otros lugares y a otras horas.

Proponiendo un proyecto pedagógico que humanice la educación y que busque alternativas pastorales con nuevas formas de presencia eclesial en los procesos educativos y culturales de Colombia.

En fin, creando nuevos espacios creíbles en la escuela, en la familia, en la parroquia; proponiendo nuevos espacios de encuentro en donde están y a las horas en que los jóvenes se encuentran, pues nos hemos contentado con vivir de los logros educativos del pasado y de los alcances culturales de otros años.

**Es de nuevo una hora de esperanza:**

Creamos en el poder de la huella y recordemos hoy a aquellos pastores de la Iglesia Colombiana que durante 200 años no solo nos transmitieron ciencia sino conciencia; aquellos pastores que no solo nos transmitieron conocimientos, sino sabiduría; aquellos pastores que no solo nos propusieron ideas y doctrinas, sino un estilo y un proyecto de vida: aquellos que desde su labor pastoral no tuvieron miedo de anunciar a Jesucristo como maestro de humanización; recordemos aquellos pastores que humanizaron la cultura y la educación y formaron para la vida y para el respeto a la vida como la mejor expresión de toda humanización cristiana.

Muchas gracias.

P. Héctor Eduardo Lugo García, ofm  
Director del Departamento  
Educación, Cultura y Universidades